

VERONICA ROTH POSTER



GIRL

ELLA FUE EL ROSTRO DE UN RÉGIMEN FALLIDO.
AHORA TIENE UNA ÚNICA OPORTUNIDAD
PARA RECUPERAR SU IDENTIDAD.

VERONICA ROTH

POSTER GIRL

Traducción de Víctor Ruiz Aldana

Cuando piensa en lo que hubo antes, se acuerda de la sesión de fotos. La mujer que maquilló a Sonya olía a lirio de los valles y a laca. Cuando se inclinaba para empolverarle las mejillas con colorete, o taparle una imperfección con un punto de corrector beige en el dedo, Sonya clavaba la mirada en las pecas que tenía en la clavícula. Cuando terminó, la mujer se embadurnó las manos con aceite y se las pasó a Sonya por el pelo para que le brillara.

Acto seguido, le acercó un espejo para que se viera, y los ojos de Sonya se posaron primero en el rostro de la mujer, semioculto por el cristal. Luego, en la aureola pálida de su Clarividencia, un círculo de luz en torno a su iris derecho que relució al reconocer la propia Clarividencia de Sonya.

Ahora, una década más tarde, trata de recordar su reflejo en aquel preciso instante, pero no es capaz de ver más que el producto final: el póster. En él, su joven rostro tiene la mirada fija en un horizonte invisible. Uno de los eslóganes de la Delegación la abraza desde arriba:

LO JUSTO

Y, debajo:

ES JUSTO

Recuerda el flash de la cámara, la mano del fotógrafo cuando le indicó hacia dónde mirar, la suave música de piano que sonaba de fondo. El presentimiento de estar en medio de algo importante.

Arranca un tomate cherry de la mata y lo echa en la cesta con los demás.

—Si las hojas se ponen amarillas es que las hemos regado demasiado —dice Nikhil, antes de escrutar con gesto ceñudo el libro que tiene en el regazo—. Espera..., o muy poco. Puf, ¿cuál será?

Sonya se arrodilla sobre la grava de la azotea del Edificio 4, rodeada por los cajones de cultivo que había construido Nikhil. Cuando moría alguien del edificio, él se llevaba los muebles más maltrechos y los desmontaba, quitando clavos y tornillos, y recuperaba toda la madera posible. De ahí que los cajones de cultivo parecieran estar hechos de retales, con maderas de distintos colores y texturas; un listón de caoba pulida por aquí, un trozo de roble sin barnizar por allá.

Más allá de la azotea se extiende la ciudad, pero ella no le presta atención. Bien podría ser el fondo de una obra de teatro escolar, pintado sobre una sábana.

—Ya te he dicho que ese libro no vale para nada —dice ella—. La única forma de aprender a cuidar las plantas es a base de prueba y error.

—Puede que tengas razón.

Aquella es la última cosecha del año. Pronto limpiarán los cajones de cultivo de plantas muertas y los cubrirán con lonas para proteger la tierra. Luego, trasladarán todas las herramientas al cobertizo para que no se mojen y llevarán las macetas de menta al piso de Sonya para poder masticar las hojas durante el invierno. En enero, tras meses alimentándose solo de comida enlatada, no verán el momento de probar algo verde.

Él cierra el libro y Sonya recoge la cesta.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —propone ella—. O no quedará nada que valga la pena.

Es sábado, día de mercado.

—Llevo dos meses vigilando esa radio rota y nadie le ha hecho ni caso. Allí seguirá.

—No te confíes. ¿Te acuerdas de que me pasé tres semanas detrás de un jersey y en el último momento me lo quitó el señor Nadir?

—Pero al final lo conseguiste.

—Porque el señor Nadir se murió.

Nikhil le guiña el ojo.

—Todo final es un principio.

Caminan juntos hacia la parte superior de la escalera, al ritmo de Nikhil, porque ya no tiene las rodillas para muchos trotes y les queda un largo descenso hacia el patio. Sonya coge un tomate de la cesta y se lo acerca a la nariz.

De niña jamás trabajó en los huertos. Aprendió todo lo que sabe ahora a base de fracasos y aburrimiento. Pero aún asocia el aroma dulzón y polvoriento con el verano, y recuerda la calima sobre la acera, y la tensión de las

cuerdas de la raqueta de bádmin-ton, y los tonos rojizos y púrpuras de la sangría de su madre, un capricho infrecuente.

—No te comas nuestros productos —le recrimina Nikhil.

—No iba a comérmelo.

Llegan al pie de la escalera y cruzan el patio, un espacio verde y descuidado donde los árboles se precipitan sobre el edificio que los contiene y arañan las ventanas de aquellos lo bastante afortunados como para disfrutar de las vistas. Sonya los envidia. Pueden engañarse. Hay otros, como ella, cuyas ventanas dan a la ciudad que hay más allá de la Abertura, que deben enfrentarse cada día al hecho de saberse encerrados. Tres pisos por debajo de la ventana de Sonya hay una concertina de alambre de espino y, enfrente, un colmado decadente en el que ofrecen cinco minutos con un par de prismáticos por un precio simbólico. Hace diez años que cubrió las ventanas con una sábana y no la ha descorrido desde entonces.

Arrodillada a un borde del camino del jardín se encuentra la señora Pritchard, con el pelo canoso recogido en un moño. Está arrancando un diente de león de raíz con la ayuda de una pala hecha con varias cucharas de cocina atadas entre sí. Tiene las manos descubiertas y la alianza le sigue reluciendo en el anular, aunque hace mucho que ejecutaron al señor Pritchard. Se apoya sobre los talones.

—Buenos días —saluda.

La Clarividencia del ojo derecho se le ilumina cuando establece contacto visual con Sonya, y de nuevo cuando mira a Nikhil; un recordatorio de que, aunque la Dele-

gación haya caído, todavía puede haber alguien observándolos.

—¿Ya es día de mercado? —pregunta—. No sé en qué día vivo.

A pesar de estar de rodillas en la tierra, la señora Pritchard está impecable, con una camiseta sin arrugas metida por dentro de unos vaqueros. Le ha arreglado ropa a Sonya otras veces, después de que Lainey Newman muriera y se redistribuyeran sus posesiones en la Abertura.

—Buenos días —responde Nikhil.

—Buenos días —dice Sonya—. Sí, Nikhil quiere una radio rota, por alguna extraña razón.

—Una radio rota que Sonya arreglará —replica Nikhil.

—No tengo ni la menor idea sobre radios.

—Ya te las apañarás. Como siempre.

La señora Pritchard emite un quejido con los labios apretados, y dice:

—Esos tomates valen más que una radio. ¿Se puede saber qué esperas oír de...? —Hace un gesto hacia el muro exterior de la Abertura—. ¿De ahí fuera?

—Todavía no lo tengo claro —contesta él—. Supongo que lo descubriré cuando disponga de una radio.

Ella cambia de tema.

—¿Habéis hablado con los del Edificio 1 sobre las patrullas para la visita?

—Anna me ha asegurado que se encargan ellos.

—Porque no podemos permitirnos otro incidente como el de hace tres años.

—Por supuesto que no.

—No nos conviene que piensen que somos una panda de animales salvajes...

Tres años atrás, cuando los tres líderes del gobierno que había «ahí fuera» visitaron la Abertura, varios residentes ebrios del Edificio 2 les arrojaron botellas. Estuvieron semanas sin recibir ningún envío en la Abertura. Hubo gente que se quedó sin comida. A todo el mundo le conviene que haya paz cuando los visitan los forasteros, pero debido a la política de no intervención de los guardias, les corresponde a los prisioneros controlarse a sí mismos.

—Mary, no queremos entretenerte —dice Sonya con una sonrisa.

La señora Pritchard deja escapar una risita y recoge la pala improvisada. Sonya y Nikhil continúan andando y atraviesan el túnel de ladrillo que cruza el callejón. Los ladrillos están llenos de nombres que Sonya acaricia con los dedos al pasar. No disponen de tumbas para las personas que han perdido; aquellos nombres son el único recuerdo. El suelo del túnel está cubierto de la cera de las velas de los que han ido a llorar la muerte de un ser querido. Piensa a menudo que tal vez deberían rascar la cera del suelo y fundirla para fabricar velas nuevas, pero no lo hace. En la Abertura, todos están acostumbrados a anteponer lo práctico a lo sentimental, pero aquellos muros son intocables.

—Gracias, por cierto —dice Nikhil—. Lleva semanas dándome la murga con lo mismo.

—Siempre le ocurre algo. La semana pasada estaba enfadada por las bolsas que se acumulan al lado de los contenedores. Como si aquí pudiéramos controlar con qué frecuencia recogen la basura.

Antes de salir del túnel, Sonya levanta la mano hasta dar con el nombre que ella misma grabó subida a un taburete inestable y con la punta de un destornillador en la

mano. «David.» Las puntas de los dedos se le llenan de gravilla.

Hay dos calles en la Abertura: la calle Verde y la calle Gris, nombradas a partir de los colores de la Delegación. Dividen la Abertura en cuadrantes, y en cada cuadrante hay un edificio de apartamentos idénticos. El suyo es el Edificio 4, y está lleno de viudas, viudos y Sonya.

El mercado se encuentra en el centro de la Abertura, donde confluyen las dos calles. Sonya recuerda cómo eran los mercados de antes, filas de paradas de madera con techos de lona para protegerse de las inclemencias del tiempo. Allí, la gente lleva lo poco que tiene para intercambiarlo, hay quien distribuye sus bienes sobre mantas y quien se pasea por el lugar haciéndoles ofertas a los demás. Casi todo son baratijas, pero las baratijas pueden llegar a ser útiles; un puñado de cucharas puede convertirse en una pala, y una mesa desvencijada, en un cajón de cultivo.

No ha olvidado la sensación de las cosas hermosas. El frío roce de la seda en sus brazos desnudos. El repiqueteo de los zapatos nuevos en el parqué. Los dobleces que hacía con las uñas en el papel de regalo de Navidad. Su madre siempre compraba el dorado y verde.

Por lo visto, el tiempo no lo embota todo.

Se pega a Nikhil cuando pasan junto a un grupo de hombres de su edad. Se sabe todos los nombres (Logan, Gabe, Seby y Dylan), y precisamente por eso finge que no los ha visto. Están esparcidos; uno apoyado en el Edificio 2, otro en mitad de la calle, otro sentado en la acera y el último con la mano posada sobre la farola.

—La chica del póster —canturrea Logan mientras gira

alrededor de la farola, agarrándose a esta con las puntas de los dedos.

La llamaban así incluso antes de llegar a la Abertura, sobre todo porque reconocían su rostro pero no sabían cómo se llamaba. Hubo un momento en que le parecía un halago, cuando tenía dieciséis años y por fin dejaba de vivir a la sombra de su hermana mayor. Pero ahora ya no es un halago.

—En la Abertura no puedes hacer como si no nos conocieras, Sonya. Tampoco somos tantos peces en esta puta pecera —le espeta Gabe antes de acercarse a ella y pasarle un brazo por encima de los hombros—. ¿Por qué ya no vienes a vernos?

—Probablemente se crea superior a nosotros —dice Seby, hurgándose los dientes con una uña.

—¿Ah, sí? —Gabe sonríe. Huele a alcohol casero y a jabón de lavanda—. Mira que yo no lo recuerdo así.

Sonya le aparta el brazo de sus hombros y le da un ligero empujón.

—Vete a molestar a otra persona, Gabe.

Los cuatro se ríen de ella.

—Buenas tardes, muchachos —saluda entonces Nikhil—. Espero que no os estéis metiendo en problemas.

—Claro que no, señor Price. Solo nos estamos poniendo al día con una vieja amiga.

—Ya veo —contesta Nikhil—. Bueno, la cuestión es que estamos haciendo unos recados, así que vamos a tener que irnos.

—Sin problema, señor Price. —Gabe la señala con una mano y agita los dedos, pero no los sigue.

El Edificio 2, donde terminaron la mayoría de los jó-

venes después de que los encerraran, es el lugar más caótico de la Abertura. Logan fue a la escuela con Sonya, unos cursos por encima de ella. El año anterior estuvo a punto de incendiar el Edificio 2 mientras preparaba una droga a partir de medicamentos para el resfriado. Y por el patio del edificio siempre flotan vapores de las bañeras de licores caseros. Hubo un tiempo en que podía identificar quién estaba preparando cada remesa por cómo le quemaba la nariz y se le agarraba a la garganta. La gente del Edificio 2 no tiene otro objetivo más que matar el tiempo.

La calle Gris confluye con la calle Verde en un tramo de pavimento resquebrajado, cubierto ahora de colchas viejas y montañas de todo tipo de cosas: altas torres de prendas de vestir manchadas o rasgadas, montones de latas con las etiquetas arrancadas, cordones con las puntas raídas, sillas plegables, almohadas rotas, tiestos mellados. En su mayoría, son objetos usados, donados por las gentes que viven fuera de la Abertura. La organización que los recoge, las Manos Misericordiosas, viene una vez al mes con nuevas ofrendas y sonrisas de disculpa.

A veces, la gente vende objetos nuevos que construyen a partir de los viejos; una pequeña escoba hecha con un puñado de cables, unas sábanas cosidas a partir de retales, bandejas con las tapas duras de los libros. Esas son las cosas favoritas de Sonya. Parecen nuevas, y eso no es algo que abunde en la Abertura.

—¿Lo ves? ¿Qué te he dicho?

Nikhil levanta un viejo despertador con radio. Tiene una pantalla con dos altavoces a cada lado. Es negro y achaparrado, y las esquinas están desgastadas. De la par-

te trasera sobresalen varios cables. Georgia, una vecina del Edificio 1, está subida en una caja vieja detrás del cementerio de cachivaches electrónicos.

—No funciona —afirma.

No es el argumento de venta más efectivo.

Sonya le quita la radio a Nikhil de las manos y, con movimientos afectados, echa un vistazo por la parte trasera para verle las entrañas.

—No sé yo —le dice a Nikhil—. Tal vez no se pueda arreglar.

No la educaron para reparar radios viejas. Ni tampoco le enseñaron a cultivar tomates en la azotea de un edificio en ruinas, ni a quitarse de encima a hombres ociosos que ya estaban borrachos a media mañana. Ha aprendido muchas lecciones en la Abertura por las que no había mostrado ningún tipo de interés hasta el momento. Pero Nikhil parece esperanzado y quiere que ella tenga proyectos, de modo que esboza una sonrisa.

—Pero por probarlo no perdemos nada —añade.

—Así me gusta.

Él se encarga de negociar con Georgia. Tres tomates por una radio rota. No, responde Georgia. Siete.

A unos metros de allí, Charlotte Carter le hace un gesto a Sonya para que se acerque. Parece salida de un cuento, con su vestido a cuadros, la larga trenza y la piel salpicada de pecas y manchas de la edad. Los ojos se le arrugan por las comisuras cuando le dirige una sonrisa a Sonya.

—Sonya, cariño. ¿Me harías un favor?

—Puede ser. ¿Qué necesitas?

—Mi hermano, Graham..., el del Edificio 1, ¿lo conoces?

Es una pregunta ridícula. En la Abertura se conoce todo el mundo.

—De vista.

—Ay, qué bien. Bueno, pues el último quemador de la cocina dejó de funcionarle justo ayer, y no ha podido prepararse nada de comer desde entonces. —Aprieta mucho los labios—. Ha estado usando el que tengo en mi apartamento.

—Ya veré si tengo alguno de sobra —contesta Sonya.

—¿Esta noche? —Charlotte parece inquieta. Se le tensan los tendones de la garganta—. No quiero meterte prisa; lo que pasa es que suele venir a cocinar... y se queda.

Sonya reprime una risotada.

—Esta noche tengo una fiesta. Pero puedo ir por la mañana.

—Ay, sí —dice Charlotte—. La fiesta de despedida, me había olvidado.

Sonya ignora el gesto triste que distingue en las comisuras de la boca de Charlotte.

—¿Mañana por la mañana?

—Sí, perfecto.

Nikhil y Georgia siguen discutiendo. Sonya se reúne con ellos justo en el momento en que Georgia acusa a Nikhil de haberle dado tomates en mal estado la última vez que le compró algo, y entonces se aclara la garganta.

—Cinco tomates —dice Sonya—. Es una oferta generosa, y no pienso repetirla.

Georgia suspira y accede. Sonya le entrega los tomates.

Hay veces en que Nikhil se pasa el día en el mercado, charlando con todo el mundo. Pero ella no. Ella vuelve al Edificio 4 con el radiodespertador bajo el brazo, sola.

Se saca el tomatito que ha robado y le da un mordisco; el sabor del verano le inunda la lengua.

Sonya tiene un vestido bonito. Apareció en una de las montañas de donaciones de las Manos Misericordiosas dos años atrás, una explosión amarillo pálido. Vio a las demás suspirando por la prenda, y sabía que lo más generoso, lo que le habría proporcionado unos cuantos desideratos bajo el gobierno de la Delegación, habría sido que se lo dejara a alguien más joven. Pero no fue capaz de deshacerse de él. Se lo plegó sobre un brazo y se lo llevó a casa, donde se pasó semanas colgado delante del tapiz, como un sol pintado.

Ahora lo guarda debajo de la cama, en una caja de cartón junto con el resto de su ropa. Lo saca y lo sacude, llenando el ambiente de polvo. La cintura está arrugada por donde lo dobló, pero no tiene fácil solución. La señora Pritchard es la única con plancha en todo el edificio.

Mientras se lo pone, piensa en su madre. Julia Kantor se pasaba los días de fiesta en fiesta. Para acicalarse, se sentaba en el taburete acolchado de su tocador y se recogía el pelo en un moño; se mojaba las puntas de los dedos con perfume y se frotaba la parte trasera de las orejas; rebuscaba en el joyero hasta dar con el par de pendientes perfectos, las perlas, los diamantes o los aritos de oro. Tenía las manos tan elegantes que todo parecía una elaborada pantomima.

Sonya se toca la nuca desnuda; ahora se corta el pelo con maquinilla, pero le cuesta perder el hábito. Retuerce la mano en la espalda para subirse la cremallera. El vestido no le acaba de quedar bien; le va demasiado holgado en la

cintura y le aprieta demasiado los hombros. Le flota hasta las rodillas.

La fiesta se celebra en el patio del Edificio 3. Tendrá que pasar por delante del Edificio 2 para llegar allí, de modo que se guarda una navaja en el bolsillo.

Con todo, esta vez en la calle Gris no hay ni un alma. Oye risas y gritos desde uno de los apartamentos, el estruendo de la música, un cristal que se rompe. El roce de sus propias pisadas. Camina por el centro de la Abertura, donde ya han desmontado el mercado. Salta por encima de una grieta y gira hacia el túnel que conduce al patio del Edificio 3.

Si el Edificio 4 es un lugar para los recuerdos y el Edificio 2 para el caos, el Edificio 3 es el lugar del autoengaño. No el autoengaño de que el mundo exterior no exista, sino de que la vida en la Abertura puede ser igual de satisfactoria. En el Edificio 3 se organizan bodas, fiestas y noches de póquer; imparten clases; practican calistenia en grupos pequeños, corriendo arriba y abajo por las calles Verde y Gris, y subiendo y bajando por la escalera del edificio.

A Sonya se le da fatal fingir.

El patio no está tan cuidado como el del Edificio 4, pero apenas hay unos pocos hierbajos y alguien ha podado los árboles para que no arañen las ventanas interiores. Han colgado una guirnalda de luces de un extremo al otro; solo unas pocas se han fundido en los casquillos. Hay una pequeña mesa dispuesta a la derecha, donde unas velas desgastadas titilan dentro de tarros de cristal.

—¡Sonya! —Una joven deja una cesta de pan delante de las velas, se limpia las manos y echa a andar hacia Sonya con los brazos abiertos. Se llama Nicole.

Sonya la abraza y la lata que le ha traído se le clava en las costillas.

—¡Anda! —exclama Nicole—. ¿Qué has traído?

—Tu favorita —contesta Sonya, y levanta la lata. La etiqueta está desgastada, pero la imagen sigue intacta: rodajas de melocotón.

—Hala. —Nicole sostiene la lata con ambas manos, y a Sonya le recuerda a cuando cogía mariposas de niña, a cómo echaba un vistazo por el espacio que tenía entre las manos para verles las alas—. ¡No puedo aceptarla! ¿Cada cuánto las traen, una vez al año?

—La he estado guardando justo para esta ocasión —dice Sonya—. Desde que aprobaron la ley.

Nicole esboza una sonrisa torcida, entre la alegría y la tristeza. La Ley de los Niños de la Delegación se aprobó hace meses, y permite que los residentes de la Abertura que entraron siendo niños vuelvan a la sociedad. Nicole es una de las más mayores que están autorizadas a marcharse; tenía dieciséis años cuando la encerraron.

Sonya tenía diecisiete. Ella no se irá a ninguna parte.

—Voy a buscar un abrelatas —dice Nicole.

En ese momento, Sonya saca la navaja y traza un círculo en la tapa de la lata, antes de hacer palanca para levantarla hacia un lado. Están llegando más invitados, pero por un instante no existe nada más que Sonya y Nicole, hombro con hombro, con los dedos pringados de almíbar. Sonya sorbe un pedazo de melocotón y está dulce, fibroso y ácido. Se chupa el almíbar de los dedos. Nicole cierra los ojos.

—Allí fuera no sabrán igual, ¿verdad? —pregunta—. Podré comerlos cuando me plazca y ya no me parecerán tan buenos.

—Puede ser —contesta Sonya—. Pero también podrás conseguir otras cosas. Y mejores.

—A eso voy. —Nicole pesca otro trozo de melocotón entre los dedos—. Da igual lo que pueda conseguir; nada volverá a saberme tan bien como ahora.

Sonya echa un vistazo por encima del hombro de Nicole a los que acaban de llegar: Winnie, la madre de Nicole, una mujer de ojos saltones que vive en el Edificio 1; Sylvia y Karen, las amigas de Winnie, todas con rizos a juego hechos con latas de refresco, y un puñado de personas del Edificio 3, incluidas las que eran demasiado mayores para acogerse a la ley. Renee y Douglas, que se casaron hace dos años en ese mismo patio, y Kevin y Marie, recién prometidos. Marie lleva puesto el viejo anillo de graduación de Kevin, relleno de cera para que le quepa en el anular.

—Menudo vestido, señorita Kantor —le dice Douglas. La última vez que lo vio, comenzaba a clarearle la coronilla, pero se ha rapado la cabeza y se ha dejado crecer la barba hasta tener una mata espesa—. ¿Se lo has robado a una viuda?

—No.

—Te estoy tomando el pelo.

—Ya, me he dado cuenta.

—Uf. —Douglas hace una mueca mirando a Renee—. Un público exigente.

—Ah, ¿no lo sabías? Ahora la chica del póster es una puta aguafiestas —repite Marie. Se dirige a la mesa y hunde los dedos en la lata de melocotones. Ella también lleva un vestido compuesto por una camiseta y una falda cosidas en la cintura. En la muñeca se le ve un tatuaje des-

gastado de un sol—. La diversión va a morir al Edificio 4. A veces literalmente.

—Marie —le susurra Kevin—. No...

—Pues sí, me sabe mal estar perdiéndome los buenos ratos del Edificio 3 —replica Sonya—. Aquel club de calistenia mañanero que montaste tiene pinta de ser la bomba.

Marie frunce los labios, pero Renee suelta una risotada. Nicole alza la vista y señala hacia el cielo justo en el instante en que un avión sobrevuela la Abertura. Todo el mundo se detiene a observarlo. Es un acontecimiento lo bastante inusual como para llamar la atención incluso de aquellos que no se plantean abandonar la Abertura. Es la prueba de la existencia de otros sectores, de otros mundos más allá del suyo. Los viajes entre sectores eran algo prácticamente inexistente bajo el gobierno de la Delegación, y no parecen ser mucho más habituales con el Triunvirato.

—¿Te toca patrulla mañana? —le pregunta Winnie a Douglas con una mirada tierna, preocupada—. Me ha parecido ver tu nombre en la lista de voluntarios.

—No quería perderme algo tan emocionante —responde Douglas.

—Pues esperemos que no sea demasiado emocionante —replica Winnie—. No me gusta que los chicos tengáis que cargar con toda la responsabilidad.

—Es la política de no intervención. —Douglas se encoge de hombros—. Los guardias están aquí para que no nos escapemos, no para que nos portemos bien.

—Casi parece que quieran que nos comamos vivos.

—Mejor eso que la alternativa —dice Sonya, levantando demasiado la voz. Todo el mundo se vuelve hacia ella, y

ella se endereza—. No sé si quiero que sean ellos los que decidan qué significa «portarse bien», ¿no os parece?

Hay personas en la Abertura que aún confían en que el viejo régimen, la Delegación, sea el árbitro de la bondad. Y hay personas a las que ni siquiera les preocupa dicha «bondad». Pero, sea como fuere, el acuerdo tácito es no fiarse en ningún caso del gobierno exterior, del Triunvirato. No es posible que quien los tiene allí encerrados, quien participó en la ejecución de tantos de sus seres queridos, sea capaz de ningún acto de bondad. Incluso cuando no mostraba interés alguno por seguir las normas de la Delegación, Sonya detestaba al Triunvirato, aquellas supuestas personas rectas que habían matado a su familia, a sus amigos, a Aaron.

—Bueno. —Winnie resopla—. Supongo que sí.

El viento sopla por el patio. El cielo se oscurece y las lucecitas titilan sobre sus cabezas. Sonya saca otro trozo de melocotón, le pregunta a Sylvia por la rodilla mala y le cuenta a Douglas cómo arreglar el ventilador que se le ha roto. Nicole deambula de persona en persona y les habla de la nueva identidad que le ha asignado el gobierno, y de todo lo que planea hacer durante la primera semana que pase fuera. No vivirá cerca; cogerá el tren a Portland y empezará de cero con un nombre nuevo. Se comprará una botella de leche y se sentará a la orilla del río a bebérsela entera. Saldrá a bailar. Pasará durante toda la noche, porque sí, porque podrá.

En un momento dado, Renee le da un codazo a Sonya.

—Vamos a subir a la azotea a fumarnos un cigarrillo. ¿Te apuntas? —le pregunta.

—No tardaré en irme —contesta Sonya.

Renee se encoge de hombros y vuelve con los demás. Sylvia y Karen se marchan. Las velas se han extinguido. A Nicole le brillan las mejillas por las lágrimas. Sonya le da otro abrazo.

—No me puedo creer que no te dejen salir —le dice Nicole, y Sonya nota su aliento cálido y acelerado en la oreja.

Sonya sujeta a Nicole a un brazo de distancia y piensa que aquella es una buena forma de recordarla: apenas iluminada, con el pelo enmarañado por el viento, los ojos llorosos, enfurecida por el destino de una amiga.

—Te voy a echar de menos —le dice.

Nicole le da el almíbar del melocotón para que se lo beba. Ella lo sorbe mientras camina de vuelta al Edificio 4, despacio, saboreándolo.

Se despierta de noche con un estruendo seco, como el res-tallido de un látigo. Se incorpora y con el resplandor de su Clarividencia puede ver que el baúl que arrastra cada día hasta la jamba de la puerta (la única «cerradura» que ha sido capaz de conseguir) sigue en su sitio.

Descalza, se acerca a las ventanas y aparta el tapiz que las cubre. La calle está vacía. El viento levanta una hoja de periódico por la ruinosa acera. La persiana de metal tapa las ventanas del colmado como un párpado cerrado.

Recuerda el vídeo que su padre le mostró cuando no era más que una cría, transmitiéndoselo desde su Clarividencia hasta la de ella. Las imágenes de una calle llena de humo y sumida en conflictos. Coches aparcados de cualquier manera, farolas tumbadas. Y el sonido agudo e intenso de un tiroteo viniendo en todas direcciones.

Él se sentaba a su lado en el sofá mientras ella lo reproducía una y otra vez con el implante. «Así era el mundo —le explicaba él— antes de que llegara la Delegación.» Mostrarle aquello le costaba doscientos desideratos; no estaba permitido que los niños vieran aquellas cosas. Pero el sacrificio le merecía la pena, y así respondía a sus preguntas.

La luna está alta y creciente, casi llena. Ya ha pasado otro mes. El tiempo sigue adelante sin freno.

Se vuelve a la cama.

Al principio, cuando alguien fallecía en la Abertura, eran como abejas huyendo de la colmena y dejando atrás la cera y la miel; nadie tocaba sus pertenencias. No obstante, las normas sobre la propiedad no tardaron en modificarse por pura necesidad. Ahora, cuando alguien muere, el resto de los vecinos invaden la vivienda y rebuscan entre las propiedades hasta que no queda más que una decadente colmena. Cuando Sonya necesita alguna nueva pieza de repuesto, echa un vistazo al mapa que hay en la escalera sur, donde se marcan los apartamentos vacíos con equis rojas, para decidir dónde buscar restos.

Este en particular (el apartamento 2C, antigua propiedad del señor Nadir) huele a humo de cocina y a gato. No hay ningún gato en la Abertura, así que debe de ser un olor que el señor Nadir trajo ya consigo. No es la primera vez que Sonya visita aquel lugar. Había ido en varias ocasiones a arreglar las lámparas; el cableado siempre había sido defectuoso. Una vez, fue a cenar. Y otra, después de que muriera, fue a llevarse la minúscula nevera, que tuvo

que arrastrar por cuatro tramos de escalera sin la ayuda de nadie.

El hornillo del señor Nadir está roto, pero los quemadores, las cuatro frías espirales de metal, aún funcionan. Levanta uno y se lo guarda en la bandolera antes de dirigirse al baño. No lo limpió nadie después de su muerte, de modo que aún hay manchas de pasta de dientes seca en el lavabo y huellas dactilares en el espejo. Se acerca para observar una de cerca; una huella de pulgar, quizá, con sus líneas y espirales únicas.

Luego baja la escalera, hacia el patio, para encontrarse con Charlotte. Hoy no lleva la tela a cuadros, sino un vestido de lino marrón sujeto en la cintura. El cielo está despejado y en el aire se respira todavía parte del calor del verano. Charlotte se pasa la larga trenza por encima del hombro y le sonrío a Sonya.

—Buenos días —la saluda—. ¿Has dormido bien?

—Buenos días —contesta Sonya—. ¿Oíste un ruido anoche?

—Pues sí —dice Charlotte, y echan a andar juntas hacia el túnel—. No sé yo a cuento de qué tiran petardos en esta época del año, pero al menos podrían tener la decencia de no tirarlos de noche.

—A mí no me pareció un petardo —comenta Sonya.

—¿Y qué pudo ser si no?

Sonya niega con la cabeza.

—No lo sé. Otra cosa.

—Bueno, quién sabe lo que se traerán entre manos ahí fuera —dice Charlotte.

Por inercia, Sonya alza la vista hacia el nombre de David cuando pasa por el túnel. Fue el cuarto nombre que grabó

en los ladrillos de la Abertura, pero los de su familia se encuentran en el túnel que conduce al Edificio 2, donde vivía antes, conque ya no suele verlos nunca. August Kantor. Julia Kantor. Susanna Kantor. Todos muertos y enterrados.

—Graham trabajaba en la morgue de la Delegación —dice Charlotte—. De hecho, era el director... Aquella amiguita tuya, Marie, trabajaba para él. Siempre fue un tipo un poco... extraño. Incluso cuando éramos niños.

—¿Ya no habláis? —le pregunta Sonya.

—No demasiado —contesta Charlotte—. Debe de sonar fatal. Sé que soy muy afortunada de tenerlo aquí conmigo.

A veces, Sonya se pregunta cómo habría sido tener allí a su hermana, en la Abertura. Susanna era cuatro años mayor que Sonya, y vivía su vida como si Sonya no existiera, como una hija única que, casualmente, tenía una hermana. Era más una indiferencia descuidada que malicia. Susanna no necesitaba a nadie. De todas las cualidades que Sonya envidiaba de su hermana, aquella era la que más anhelaba.

Cuando Sonya y Charlotte cruzan la calle Verde, Sonya mira hacia la entrada de la Abertura, que le debe el nombre a su portón. Cuando se abre, unas placas entrelazadas se separan desde un punto central, un efecto que recuerda a una pupila dilatándose en la oscuridad.

Justo delante de la pupila se encuentran en ese momento Nicole y Winnie, fundidas en un abrazo. Nicole tiene el morral a los pies. El guardia del portón, un tipo corpulento con uniforme gris, espera a unos pocos metros a que las dos se despidan.

Nicole se seca la cara, recoge el morral y se despide de su madre. Atraviesa el centro del portón y la pupila se con-

trae a sus espaldas. Winnie se lleva una mano a la boca para contener un sollozo.

Charlotte y Sonya cruzan la mirada.

—Mejor le damos un poco de intimidad —le dice, y Sonya se gira.

Ha visto a tres amigas atravesar aquel portón: Ashley, Shona y Nicole. Ashley y Shona tenían catorce años cuando las encerraron en la Abertura, al poco de que la constituyeran, justo después del alzamiento, hace una década. Eran de Portland, así que no las conocía, y no se hizo amiga de ellas hasta que fueron mayores, lo bastante como para mudarse de los apartamentos de sus padres en la Abertura al Edificio 2. No sabe cómo fueron sus primeros años; no llegó a preguntárselo. Hay que andarse con cuidado con las preguntas que se formulan allí. Los pasados de la gente están salpicados de tragedia.

Ahora Sonya ya puede añadir otra más a la lista; es la persona más joven que queda en la Abertura.

Atraviesan el túnel y entran en el patio del Edificio 1. Apenas ha pisado ese bloque en los años que lleva allí. Los residentes del Edificio 3 viven sumidos en un estado de negación, pero los del Edificio 1 han aceptado su situación. Se han rendido. Es la zona de la Abertura que más recuerda a una prisión.

Pisotea los hierbajos que han crecido demasiado, hundiéndose ya bajo su propio peso, de camino a la entrada, que chirría cuando Charlotte la abre. Suben en silencio hasta la tercera planta, donde el pasillo huele a tabaco. Hay bolsas de basura apiladas contra la puerta de alguien, y cajas de cartón desmontadas en otra. La moqueta se está deshilachando por uno de los extremos, separándose del parqué.

Charlotte llama a la puerta del apartamento 3B. En al-

gún lugar, alguien grita, y hay otra persona escuchando una lúgubre música de guitarra.

Graham abre la puerta. Es un tipo corriente: algo más alto que Sonya, con un pelo cano que le envuelve la coronilla como un mantón y unos ojos caídos. La piel bajo la mandíbula ha perdido vigor y firmeza con los años.

—¡Señorita Kantor! —exclama—. Cuánto tiempo. Hola, Charlotte. Pasad, pasad.

El apartamento parece una chatarrería. Las paredes están llenas de cajas con objetos diminutos: una contiene pomos y manijas; otra, cajitas de cartón; una tercera, botellas de cristal vacías. Sonya recuerda que en el mercado suele extender todas las semanas una manta con objetos desechados. Los residentes del Edificio 2 deben de considerarlo una persona bastante valiosa, con aquella infinita necesidad de recipientes vacíos que tienen. Para el alcohol casero, evidentemente.

—Ya veo que no tengo que presentaros —dice Charlotte.

—Conocía al padre de Sonya —contesta Graham—. ¿No te acuerdas de August? Íbamos juntos a clase. Y estábamos en el mismo equipo de natación.

—No tengo tan buena memoria, lo siento —responde Charlotte.

—A veces venía a comer conmigo a la morgue. O sea, no en la morgue. Tu padre siempre fue de estómago delicado. Solía taparse la nariz cuando pasábamos por delante de los contenedores que había en la parte de atrás del mercado; todos los chicos se metían con él: «Qué delicadito, August Kantor»... —Arruga la nariz y se la pinza con el pulgar y el índice para mostrárselo.

Ella sonrío.

—Él se habría descrito como *escrupuloso* —dice Sonya—. Pero sí, le pega.

—¿Cómo murió? ¿Lo ejecutaron? —pregunta Graham, y Sonya pierde la sonrisa.

—¡Graham! —Charlotte le da un manotazo en el brazo—. No le preguntes eso.

—No lo digo con mala intención, es que...

—No, no lo ejecutaron —dice Sonya—. Charlotte me ha dicho que se te ha roto el hornillo.

Graham la acompaña a la cocina y Charlotte los sigue ruborizada. Él le muestra los quemadores defectuosos, uno tras otro, cuyas espirales permanecen negras por mucho que toquetee los mandos. Sonya deja la bandolera en el suelo y se dirige a la pared del fondo, donde el cuadro eléctrico la espera oculto detrás de una puerta gris. Busca el interruptor de la cocina y la desconecta.

—¿Dónde has aprendido a hacer estas cosas? —le pregunta Graham—. A una chica buena de la Delegación como tú seguro que no se lo enseñaron en el colegio.

—Te sorprendería las cosas que puedes aprender con un manual y varias pruebas y errores —contesta Sonya.

—Es joven —dice Charlotte—. A los jóvenes se les da bien entender estas cosas. Sobre todo en un edificio lleno de viejos en el que nadie tiene ni idea de nada.

—Tú no eres vieja —repite Sonya.

—Eso mismo le dije yo cuando decidió irse al Edificio 4 —apunta Graham—. Pero ella venga a insistir.

—A lo mejor no soy vieja, pero estoy viuda —se defiende Charlotte—. Allí me siento como en casa. Igual que Sonya después de que... —Carraspea—. Bueno —continúa—. En el Edificio 4, todos hemos perdido a alguien.

Sonya la escucha a medias. Sustituir un quemador no es difícil; se desconecta el viejo y se coloca el nuevo. Lo ha hecho decenas de veces, pero disfruta de la sensación de saber qué lugar le corresponde a cada cosa, y de ser ella quien lo coloque.

De pequeña no se le daba bien casi nada, al menos en comparación con Susanna. Su hermana era divertida, sabía bailar, tenía buen oído para la música y sacaba buenas notas sin esfuerzos aparentes. Sonya era más guapa, y había habido un momento en que aquello le pareció lo único que importaba. Pero la belleza no era útil en la Abertura, de modo que se había buscado otros usos. No era experta en electrónica ni en tecnología ni en las herramientas de las que los residentes del Edificio 4 solían pedirle que se encargara, pero estaba dispuesta a intentarlo, y a veces con eso bastaba.

Le gustaba sentirse útil.

—¿A quién has perdido tú, Sonya? —le pregunta Graham cuando Charlotte desaparece en el baño. Es un hombre solitario, y siempre lo ha sido, así que la pérdida le fascina. Después de todo, necesitas haber tenido algo para poder saber qué se siente al perderlo.

Sonya enciende la luz y luego prueba con el mando del hornillo. Pasa por encima la mano para ver si calienta.

No sabe por qué le responde. Ni siquiera pensaba hacerlo.

—A todos —le dice, y apaga el quemador—. Arreglado. Gracias por la anécdota de mi padre.

—Gracias a ti —contesta él.

El día que perdió a todos:

Están sentados a la mesa de la cabaña en sus lugares habituales: August en un extremo, Julia en el otro, Susanna a la derecha de su padre, y Sonya, a su izquierda. August les sirve a todas un vaso de agua. Julia canturrea mientras vierte las pastillas del frasco: una, dos, tres, cuatro.

Sonya recita la letra en su cabeza.

*Si tú me cuidas,
yo te cuido a ti.*

Cinco, seis, siete, ocho. Julia le alarga una pastilla a Susanna, otra a August y otra a Sonya, y se guarda una para ella.

*Un paso tras otro...
Saldremos de aquí.*

La píldora brilla con un amarillo intenso en la palma de Sonya.